

obstante, otras *concesiones* sindicales ante determinadas políticas gubernamentales de carácter claramente neoliberal que difícilmente hubieran adoptado pocos años atrás.

Como decía al principio, esta obra no aporta sólo un excelente análisis de las relaciones concertatorias entre gobiernos y sindicatos habidas en España a lo largo de los últimos veinticinco años, sino que las enmarca atinadamente en el contexto de la reflexión teórica acerca de la democracia y sus lógicas —plurales— de funcionamiento cotidiano: la reflexión final que plantea supone una constatación empírica de los motivos por los que la reivindicación contra el *estrechamiento ético del discurso político* no debe llevar a que se excluya del mismo la racionalidad comunicativa expresada necesariamente mediante un consenso resultante de un proceso dialógico libre e irrestricto en el que no quepa otra fuerza que la del mejor argumento. Las prácticas concertatorias entre intereses no siempre generalizables que responden a una racionalidad instrumental o *sistémica*, propias del fenómeno neocorporativo, no son necesariamente contrarias al proceso democrático siempre que no impliquen la exclusión de los mecanismos ni los procedimientos que le otorgan, precisamente, ese carácter democrático. Cuando la concertación se conduce por canales no públicos, desconocedores de lo que la *accountability* implica, y postergando los intereses generalizables ante los particulares de los actores o de sus organizaciones, el panorama cambia, dejando al descubierto graves consecuencias para el proceso democrático.

En esta obra, Alberto Oliet ha acertado a ubicar un riguroso y sistemático análisis empírico de

las relaciones gobiernos-sindicatos en el marco más amplio de la teoría de la democracia. El resultado supone una contribución fundamental pues cubre una parcela de nuestra realidad política sólo parcial y desarticuladamente estudiada. Hasta la fecha no se había abordado un análisis como el realizado por Alberto Oliet en esta obra. A buen seguro, la intencionalidad crítica (realizada desde la perspectiva de la crítica ideológica) de este libro abrirá nuevos debates en un campo acerca del que apenas se ha discutido en España: la necesaria consolidación e institucionalización de unos actores sociales, como los sindicatos, no debe implicar que se excluya la posibilidad de cuestionar y debatir acerca de su proceder. En ese sentido, esta obra constituye la referencia imprescindible para declarar ese debate abierto.

Pablo OÑATE

Lucien Sfez

**Technique et Idéologie.
Un enjeu de pouvoir**

(París, Éditions du Seuil, 2002)

Desde mi punto de vista, la investigación sobre las implicaciones políticas de la tecnología se ha llevado a cabo, principalmente, desde cuatro ámbitos distintos. Históricamente, la cuestión de la *techné* como políticamente problemática «en sí misma» no existía en los pensadores griegos. Es cierto que la tecnología siempre estuvo en el «fondo» de las reflexio-

nes políticas clásicas sobre la justicia, pero no se la consideró problemática debido a la percepción que se tenía de ella como neutral y moldeada por otras instituciones sociales. En las obras políticas platónicas y aristotélicas la reflexión explícita nunca alcanzó a la *techne*, que siempre se mantuvo en el fondo. Parecía que la *techne* era un medio para alcanzar los fines que dictaban instituciones como la familia, la religión, la economía o el estado. Pero ella, en sí misma, no podía considerarse una «institución propia» con exigencias y requerimientos propios. Es decir, se consideraba a la Política como la «cabeza» que planificaba, siendo la Tecnología un simple «medio neutral» del que la Política se servía para sus propios fines. Esta visión se ha mantenido sin apenas variaciones hasta las modernas reflexiones filosóficas y sociológicas.

Sin embargo, ya en los siglos XVIII-XIX —aunque anteriormente Francis Bacon fue un precursor en este sentido—, con Saint-Simon y los saintsimonianos emerge una problemática política vinculada a la tecnología: me refiero a la cuestión de la tecnocracia. Los dos casos mejor estudiados sobre ello son el francés (aunque más bien vinculado a los temas sobre burocratización del estado) y, sobre todo, el norteamericano. Para el primero, la razón seguramente se encuentra en que fue en Francia donde se crearon originariamente las primeras escuelas específicamente técnicas: la *École des Pontes et Chaussées* (1747), la *École des Mines* (1783) y la *École Polytechnique* (1794). Para el segundo, la problemática se inicia de algún modo con T. Veblen, pero la reflexión sistemática no llega hasta los años sesenta —y continuó hasta los ochenta—; años en los que aparecen gran cantidad de li-

bros y artículos analizando el papel que tomaron los ingenieros en la reconstrucción de Estados Unidos tras la Primera Guerra Mundial, en especial la «rebelión» protagonizada por los que P. Meiksins llama los reformadores patricios (*the Patrician Reformers*): ingenieros que, como Frederick Haynes Newell y, sobre todo, Morris Llewellyn Cooke, buscaron y defendieron un papel responsable y activo del ingeniero en el mundo político-social norteamericano.

El siguiente hito histórico es algo más moderno —aunque tiene sus precedentes en Jacques Ellul, Lewis Mumford y Herbert Marcuse—, sobre todo vinculado con las obras de Langdon Winner. En estos autores es la propia tecnología, o el «orden tecnológico» que se ha creado en las sociedades modernas, el verdadero problema político. En distintos grados y con diferentes implicaciones, la mayoría de estos autores defiende una cierta «autonomía» o «descontrol» de la tecnología. En este sentido, la tecnología pasa al «primer plano» como una institución propia que exige requerimientos propios. Las tesis del «fin de las ideologías» o la visión de R. Aron de las sociedades capitalista y comunista como las especies de un mismo género, la sociedad industrial, parten de esta preeminencia de lo tecnológico sobre lo político. La tesis posterior de Winner —también retomando los análisis de Mumford— se radicalizará hasta el punto de afirmar que los artefactos tecnológicos encarnan (*embody*) políticas en diversos grados.

El tercer modo de analizar las implicaciones políticas de la tecnología se encuentra vinculado con la comunicación. Esta perspectiva —menos fértil para un Sociología política de la

Tecnología— se sitúa, sobre todo, en los análisis de «comunicación política». Su preocupación se inició con los medios de comunicación, pero ha tomado una enorme importancia con el desarrollo de las Nuevas Tecnologías de la Información y de la Comunicación y, en especial, con Internet. Desde este acercamiento cognoscitivo a las relaciones política-tecnología se busca analizar los cambios que ha suscitado la introducción de estas tecnologías de la comunicación en el «modo de hacer política», y en la posibilidad de desarrollar sistemas políticos más democráticos y participativos.

Finalmente, podemos distinguir una última perspectiva —que es la que encontramos, precisamente, en el libro de Sfez— que comparte con la anterior su preocupación por los aspectos comunicativos-discursivos, pero que va más allá. En efecto, para Sfez, ya no es posible ver la tecnología como aislada, neutral, sirviendo a los fines que la política le ordena. En este sentido, Sfez defiende un «matrimonio orgánico» que vincula indisolublemente tecnología-política. La tecnología se hace, a la vez, sirvienta (como lo fue históricamente) pero también ama o dueña (*maîtresse*) de la política. Este matrimonio, que constituye una verdadera *Technopolis*, está caracterizado por la «ficción». Para Sfez, de hecho, la tecnología es un «discurso ficticio», lo cual no significa que sea pura «ilusión» (pp. 13-14), sino que la tecnología para proyectarse en nuestro universo social debe ser guiada o acompañada por fuertes imágenes «verosímiles», pero no necesariamente «verdaderas» (p. 224). Esto implica, para el autor francés, que lo importante no es tanto la tecnología en cuanto «cosa» o «artefacto» sino en cuanto discurso (*discours*) o na-

rrativa (*récit*). Y es de este modo que su unión con la política produce un verdadero *récit du techno-politique*. Todas las visiones que hacen hincapié en la concepción artefactual u objetual de la tecnología son consideradas por Sfez como «cosistas»; y es justamente tal concepción la que produce el problema del determinismo tecnológico y el fetichismo de la tecnología. Precisamente, nuestro autor considera el problema del determinismo como una cuestión que no puede ser explicada con fundamento o justificación teórica, no se puede «decidir» sobre su verdad o falsedad en términos indubitables —él las denomina *questions indécidables*—; por ello, él considera que a este tipo de cuestiones sólo caben «respuestas ideológicas». En este sentido, escapan a la lógica científica y las posturas se sitúan en la esfera del deseo, de las pulsiones, de las visiones del mundo «que no pueden ser el objeto de una demostración en regla», escapan a la «falsación» (pp. 27-28 y 297-307). Evidentemente, la cuestión del determinismo está estrechamente vinculada con las narraciones o discursos que lo justifican. Pero el problema sigue estando presente en la Sociología desde el momento en que consideramos el «cambio social» y su relación causal o dialéctica con la tecnología. Si Sfez considera tal problema como no «decidible» es porque parte de una concepción de la tecnología que hace ese problema inservible y no decisivo. Pero, desde mi punto de vista, ni la Sociología ni la Historia de la Tecnología puede prescindir de tal problema.

A lo largo del libro, Sfez va desarrollando las cuestiones tópicas de la tecnología e incluye unas páginas dedicadas a las teorías de la «técnica política» de Maquiavelo, Hume y Hob-

bes. Sin embargo, los capítulos centrales son aquellos dedicados al análisis de las «imágenes de la narración tecno-política». Lo que pretende estudiar Sfez es la posibilidad de que este discurso asociado a la tecnología sea o no «estructurante» o «instituyente» del Estado y de la sociedad. En este sentido, nuestro autor está explorando una vía distinta de los tradicionales intentos de la Historia, de la Sociología o de la Filosofía de dar una respuesta a la posible influencia que la tecnología tiene sobre la sociedad. Su análisis no reposa sobre los artefactos ni objetos técnicos ni sobre una supuesta «esencia» de la tecnología. Así, afirma: «[hemos sido llevados] à interroger plutôt les types de discours, les tentations et prétentions des acteurs de ce domaine, plutôt que les objets ou opérations techniques mêmes» (p. 223). Y esto porque, según Sfez, lo que verdaderamente «seduce» no es nunca el artefacto en sí mismo, sino el discurso que porta sobre él (p. 14). De este modo, todo el discurso acerca del «progreso» no se impone como una necesidad lineal, sino que está propiciado por las imágenes que lo hacen seductor. Pero, efectivamente, hay diversos ámbitos relacionados con la tecnología que están constantemente generando imágenes y discursos sobre ella. ¿Cuáles de todas estas imágenes puede tener potencial estructurador o instituyente del Estado y la sociedad?

Sfez dedica el esfuerzo central del libro a analizar los tres ámbitos de los que proceden esas imágenes o discursos sobre la tecnología: por un lado, los propios técnicos, que expresan imágenes dispersas sin posibilidad de formar una visión cohesionada, al tiempo que se centran en lo «objetual» y lo puramente «técnico»;

por otro lado, con ejemplos concretos del mundo industrial y financiero, estudia las «imágenes tecno-sociales de los inversos» y sus discursos de seducción tecnológica: para Sfez, éstos vienen caracterizados por una polaridad entre lo utópico y lo pragmático-competitivo que hace imposible toda capacidad de producir efectos estructurantes; y, por fin, nos presenta las imágenes «tecno-naturales» procedentes de los publicitarios —que, según Sfez, están inspiradas por los sociólogos y los antropólogos—: éstas son, precisamente, las que tienen una mayor coherencia interna y son capaces de permitir la construcción de un «sentido» de lo tecnológico. La razón de tal capacidad de construir un sentido se halla, según Sfez, en que en los discursos de este tipo se deja a un lado —se olvida— la «tecnicidad de la tecnología», los objetos, y la nueva consigna es «hablar (*parler*), del lugar de la tecnología y del progreso, de la libertad, de la convivencia, de bondad, de amor, de la naturaleza...» (p. 180). Estas imágenes tomadas en conjunto tienen un «poder de inseminación» (*pouvoir d'insemination*) sobre la sociedad. Es decir, poseen la fortaleza de impactar sobre la sociedad. En palabras de Sfez: «converge vers une fabrication d'images dotées d'un puissant pouvoir d'insemination de la réalité. J'emploie ici le terme "insemination" pour désigner l'impact des images de la technique sur la société» (p. 224).

Desde una perspectiva histórica, con esta preponderancia de lo discursivo-ficticio de la tecnología se invierte —como ya notamos— su relación con la política. Ahora es la tecnología —considerada como discurso y no tanto como objeto— la que porta sobre sí la «finalidad» (es decir, el establecimiento de los fines), mientras

que la política se constituye en su «medio» para realizar tales fines. Como vemos, aquí también resuenan los ecos de Ellul o Winner y de la «autonomía» o preeminencia de lo tecnológico frente a lo político.

En cualquier caso, para Sfez, la cuestión principal es analizar si este discurso tecno-político, cargado de imágenes tecno-naturales de «ficción» procedentes de la publicidad, tiene o no la capacidad de instituir o suscitar (en términos político-sociales) nuevas relaciones internas o institucionales del Estado. Esa pregunta no es tan banal como pudiera parecer. En efecto, si estamos de acuerdo en que nuestra sociedad es una «sociedad tecnológica», en que cada vez más las nuestras son sociedades que han construido —en palabras de Don Ihde— «una textura de vida tecnológica» (*a technological texture to life*) o, siguiendo a otro filósofo de la tecnología norteamericano, vivimos en una *technosphere* (Frederick Ferré), es innegable que si se demuestra que el *récit* ficticio de la tecnología tiene poder y capacidad de reestructurar lo político, la pregunta de Sfez toma toda la importancia que él mismo le asigna. Y eso a pesar de que él reconozca la paradoja de que la respuesta a esta cuestión no es fácil, entre otras cosas porque la tecnología se presenta a sí misma como a-institucional (podríamos decir: a-política). En este sentido, como señalaba con acierto el sociólogo de la tecnología alemán Werner Rammert, precisamente la presuposición —falsa, por otra parte— en la que se apoya la visión tecnocrática de la política es, justamente, que las soluciones técnicas son adecuadas a los problemas políticos *porque* parten de la neutralidad de la tecnología frente a los intereses partidistas particulares y

de su objetividad frente al establecimiento subjetivo de valores (*von einer Neutralität der Technik gegenüber den partikularen Interessen und einer Objektivität gegenüber subjektiven Wertsetzungen ausgeht*). Ningún sociólogo, filósofo o historiador de la tecnología serio y riguroso defiende esa supuesta neutralidad, ni desde el punto de vista ontológico, ni fenomenológico, ni mucho menos histórico-sociológico. Sin embargo, el discurso sobre la tecnología la presenta así; y es por ello que Sfez considera que puede resultar paradójico preguntarse por la potencia instituyente de una categoría que se presenta, ella misma, como indiferente a esa capacidad instituyente. En todo caso, la importancia de la ficción narrativa de la tecnología en nuestro mundo nos obliga a plantear la cuestión de las relaciones tecnología-política en esos términos.

A juicio de Sfez, se trata de saber si esta ficción tecnológica tiene la misma capacidad que en su momento tuvieron la «ficción del contrato social» y la «ficción del comunismo primitivo» para generar en torno de sí un potencial estructurador o instituyente en el ámbito social y político. Sin embargo, tras analizar las condiciones que debe requerir una «ficción instituyente», Sfez niega tal poder —al menos por el momento— para las narraciones y discursos tecnológicos. Éstos poseen eficacia de crear imágenes simbólicas, pero impide que se llegue a la «operación simbólica» (*opération symbolique*); es decir, a la capacidad de unificar los flujos diversos de imágenes en una única imagen que sea capaz de «mobilizar». Tal fue el caso del «contrato social» y el «comunismo primitivo», pero no de la ficción tecnológica.

El libro de Sfez continúa la tradición —por tanto, no es especialmente innovador— que se ha preguntado por las relaciones tecnología-política y, de modo más amplio, tecnología-sociedad. Esta tradición se basa en la visión de la tecnología como, a fin de cuentas, contingente. Es decir, podemos afirmar que Sfez se encuentra dentro de la más fértil tradición investigadora de la tecnología que considera que es «problemática» y que merece la pena el esfuerzo de estudiarla. Desde la *Technikphilosophie* iniciada en Alemania hasta la *Techniksoziologie* (también iniciada en Alemania al tiempo que se desarrollaba el «constructivismo social de la tecnología» en Estados Unidos y Europa), pasando por la cada vez mayor importancia de «estudios contextuales» en el ámbito de la Historia de la Tecnología, se ha visto que el desarrollo tecnológico es «contingente», «no neutral» y fuertemente apoyado por el discurso de «seducción» (como la *reducción* de la rica idea tradicional de progreso, sobre todo desarrollada en la Ilustración, al puro y simple desarrollo tecnológico que identifica creación de artefactos con progreso moral y espiritual del hombre). Sfez estaría de acuerdo con la siguiente afirmación del Historiador de la Tecnología, J. M. Staudenmaier —un jesuita, editor de la prestigiosa *Technology and Culture*—: «Los artefactos tecnológicos son momentos cristalizados de visiones humanas del pasado; cada uno de ellos tiene una pequeña “teoría general” que trata de imponer su perspectiva y cada uno de ellos ha sido sacudido por el remolino de la pasión, disputa, celebración, dolor y violencia que constituye la condición humana». En esta frase está contenida también la idea de Sfez de lo discursivo-ficticio como lo determinante de la tecnología.

Sin embargo, ninguno de los autores que han partido de esa contingencia de la tecnología y de su fuerte contenido narrativo ha desechado el análisis del artefacto en cuanto tal, como hace Sfez. Es evidente que, por mucho que lo seductor sea el «discurso» o la narración (*récit*), el objeto tiene un poder «estructurador» (no significa esto «determinador») sobre la dimensión humano-social que la Sociología debe estudiar con rigor y alejada de una visión dogmática e ingenua de la tecnología. En todo caso, Sfez en este libro expresa sin tapujos una afirmación que a muchos les cuesta reconocer en nuestras sociedades tecnológicas: que la tecnología está apoyada y sostenida por imágenes «verosímiles» (pero a menudo no «verdaderas») de las «maravillas» del desarrollo tecnológico, y que es urgente desenmascarar el carácter idílico, lineal y necesario de este desarrollo. La Sociología de la Tecnología en España debe poder responder con rigor a la importancia de este «programa» de investigación.

Jesús ROMERO MOÑIVAS

Laura Oso Casas

**Españolas en París.
Estrategias de ahorro y consumo
en las migraciones internacionales**

(Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004)

La premura de las cuestiones planteadas por la inmigración exterior en nuestro país se refleja en una gran profusión de estudios y publi-